



Presentación

ANTECEDENTES DE LA CIENCIA MÉDICA MEXICANA

Ana Cecilia Rodríguez de Romo
(editora huésped)

Para David Armando, el “investigador estrella”.

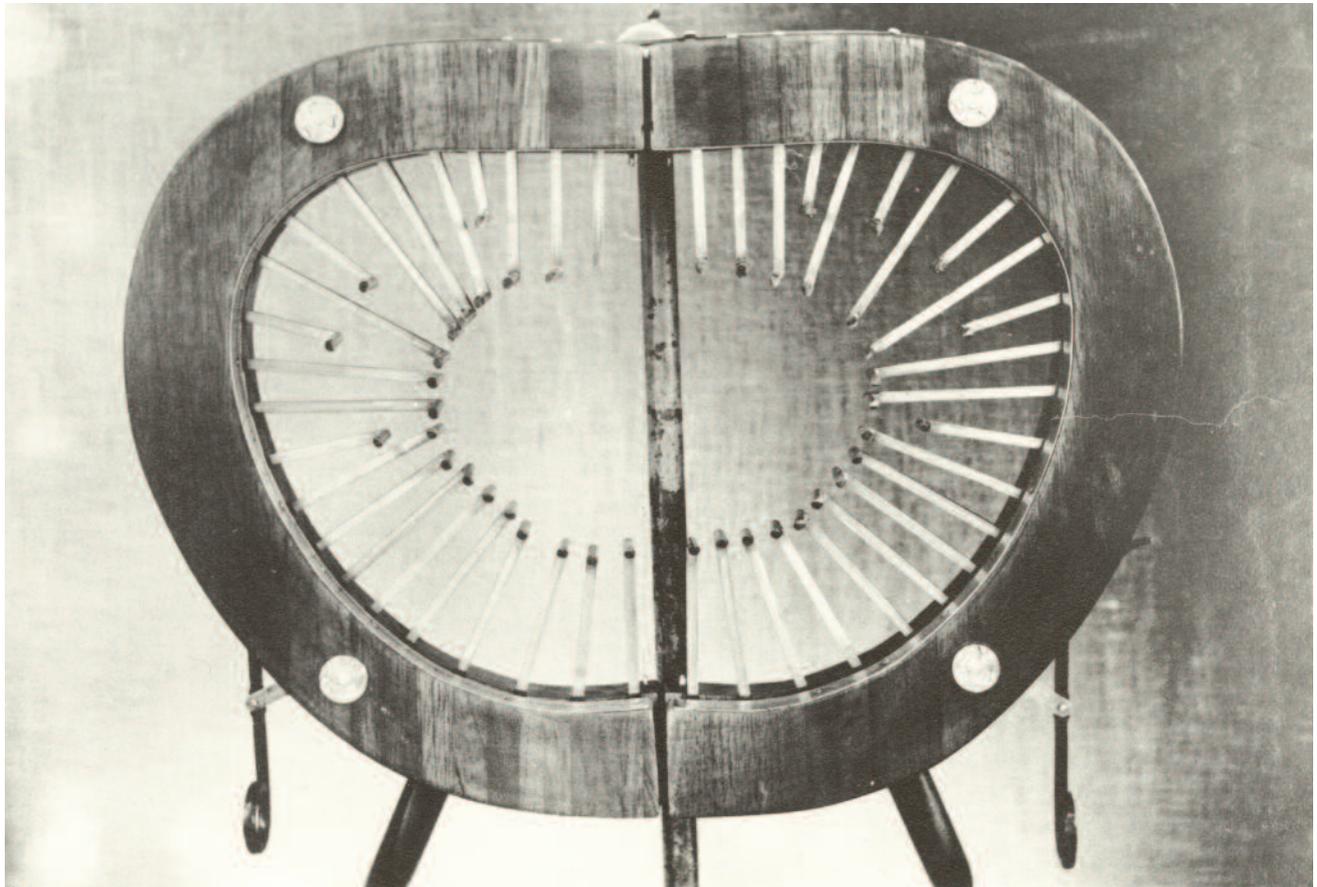
Si por nuestro clima, situación geográfica, raza y costumbres tenemos manera de ser fisiológica, idiosincrasia, receptibilidad morbosa y constitución especial; si nuestra fauna, flora y nuestras aguas no son fauna, flora y agua de otras partes, ¿por qué con elementos nacionales tan variados no llegaremos a fundar, siquiera sea a fuerza de mucho estudio, una ciencia nacional?

Desideratum del Instituto Médico Nacional.

En las múltiples reuniones científicas de ciencias naturales que hay en nuestro país, casi nunca faltan las sesiones dedicadas al contexto histórico. Por diferentes razones, he tenido la oportunidad de estar presente en las de bioquímica, fisiología, neurociencias y diversas especialidades de la medicina. En todas, casi sin excepción, escucho que la investigación científica en su campo es muy reciente, que carece de antecedentes serios y que, desafortunadamente, como en otros, México tampoco tiene tradición en ese ámbito.

Tal creencia es falsa, y uno de los objetivos de los investigadores que escriben para este número de *Ciencia* es precisamente ofrecer una verdad diferente, a través de la realidad que su interés en la historia de la ciencia les ha llevado a descubrir. Ignoro si la situación de las ciencias físico-matemáticas es la misma, es decir, si también se desconoce un pasado rico en todos los aspectos; pero en lo que toca a las ciencias de la vida, parecería que el contexto político, social y cultural del último tercio del siglo XIX fue construido con la intención expresa de favorecer su florecimiento.

Como en todos los regímenes totalitarios, el Porfiriato generó profundas diferencias sociales y rezagos económicos, pero es innegable que ese largo periodo de paz, de casi 30 años, favoreció el desarrollo de las ciencias y las artes. Además, Porfirio Díaz tenía su propia concepción de ciencia, la cual formaba parte del



Toracógrafo del Dr. Daniel Vergara-Lope. Archivo General de la Nación.

proyecto de nación que se había propuesto. Para el presidente la ciencia era útil, y los países que la cultivaban eran naciones desarrolladas. A esto hay que sumar el intenso sentimiento nacionalista que entonces surgió en México. Había una gran necesidad de consolidar la identidad nacional, de hacer conciencia de lo que eran los mexicanos, de lo que tenían, de definir nuestra individualidad. José María Velasco, Manuel Payno y muchos otros, unieron sus fuerzas y su intelecto al de estudiosos y pensadores en ese afán por consolidar lo mexicano.

Las ciencias naturales en general, y la medicina en particular, jugaron un papel fundamental en este proceso, porque había que darle sustento científico al estudio de nuestras plantas, animales, geografía y del mismo cuerpo, sano y enfermo, de los compatriotas. El Instituto Médico Nacional fue el emblema perfecto donde cristalizaron los ideales científicos y las necesidades políticas, a la luz de ese intenso sentimiento nacionalista.

Gabino Sánchez Rosales analiza los factores coyunturales que favorecieron el establecimiento de este Instituto. El origen y la construcción del Instituto Médico Nacional no fueron fáciles, pero amalgamaron exitosamente voluntad política y deseo de hacer ciencia con recursos mexicanos. Sin embargo, pron-

to el lugar fue sobrepasado en todos los aspectos; incluso fue evidente que, en beneficio del producto, era necesario respetar las fronteras interdisciplinarias, y así se crearon los Institutos Patológico Nacional y Bacteriológico Nacional, abordados respectivamente en los textos de Gabriela Castañeda López y Natalia Priego.

En todas las acciones, las instituciones son el escenario y las personas los protagonistas; muchos científicos trabajaron en los institutos del Porfiriato. A manera de ejemplo representativo de esos actores casi desconocidos, Ana Cecilia Rodríguez de Romo evoca a un hombre, Daniel Vergara-Lope Escobar, un fisiólogo amante de su país y obsesionado por su ciencia.

Por entonces, la llamada “medicina de laboratorio” brillaba en Europa, y México también percibió la importancia de aplicar en el paciente lo que se encontraba en el laboratorio de investigación. Xóchitl Martínez Barbosa nos muestra cómo el Hospital de San Andrés se hizo eco de esa efervescencia científica, disponiendo una sala con enfermos para tal fin. Pero toda esa labor científica no fue improvisada: se realizó a la luz de las reglas del método experimental, para el cual las matemáticas y los aparatos son fundamentales. Justamente Laura Cházaro García escribe sobre el valor de la estadística y los instrumentos en el proceso de validación de la ciencia.

Es impensable un científico que no publique sus resultados y que no lea los de otros. Luz Fernanda Azuela Bernal nos muestra que nuestros compatriotas, los investigadores del Porfiriato, recibían información del mundo y publicaban en órganos entonces considerados de excelencia. Gracias a esas publicaciones, nosotros los historiadores podemos reconstruir ese pasado.

Imaginar a veces es un placer, y más si con el corazón imaginamos a los investigadores de entonces, entrando y saliendo de su centro de labor científica. María Lilia González Servín nos ayuda en ese intento porque el edificio del Instituto Médico Nacional todavía existe, y ella estudió su construcción.

Todos los participantes de este número de *Ciencia* cooperan para lograr el objetivo común: hacer evidente que México tiene antecedentes sólidos y particulares en la investigación médico-científica. Todos son también expertos apasionados de sus respectivos temas, y sus escritos son producto del trabajo concienzudo en bibliotecas y archivos.

A propósito he dejado para el final hablar de David Armando Marcial Avendaño. Cuando empezó a planearse este número temático, él tomó la idea con entusiasmo y le ilusionó compartir con tanta gente la historia de la que estaba plena-

mente convencido. Para David, la Sección 3ª del Instituto Médico Nacional era el corazón, la piedra angular de esa ciencia nacionalista y verdadera que existió a finales del siglo XIX. Muchos años de experiencia y estudio le permitirían escribir sobre el lugar donde se hacía fisiología. Desgraciadamente, un cáncer particularmente agresivo y nefasto se llevó muy pronto al “investigador estrella”, como algunos cariñosamente lo llamábamos. Él conocía mejor que nadie los documentos del Instituto Médico Nacional en el Archivo General de la Nación, y era capaz de encontrar lo inencontrable. Era visible cómo amaba al Instituto Médico Nacional y a su Sección de Fisiología, cómo compartía el sentimiento nacionalista y cómo idealizaba a aquellos científicos, de los que descubrió que a veces ponían de su bolsa para comprar lo necesario en el laboratorio. Va para él este esfuerzo conjunto.

Desafortunadamente, nuevos conflictos bélicos e intereses mezquinos rompieron la labor científica de largo aliento e impidieron la continuidad. El Instituto Médico Nacional desapareció en 1915 por orden de Venustiano Carranza. Al margen de las causas, es un hecho que la ciencia médica mexicana cimentó sus antecedentes más serios en el Porfiriato, y que en sus inicios fue además genuina, pues no pretendía responder a las grandes incógnitas de la naturaleza; su interés más bien buscaba dar sustento científico a lo nacional. En el contexto de lo mexicano, esa ciencia tuvo sus propias reglas, dictadas por sus necesidades intrínsecas en el marco del pensamiento científico y de la medicina experimental.

La investigación en las ciencias de la vida tiene antecedentes en México; éstos fueron sólidos, pero también particulares, porque su objetivo fue dirigir la nación hacia lo científico. Gracias a la AMC y a la revista *Ciencia* por permitirnos compartir con sus amables lectores esta parte de nuestra historia, y a los autores que a su vez compartieron su conocimiento con nosotros.